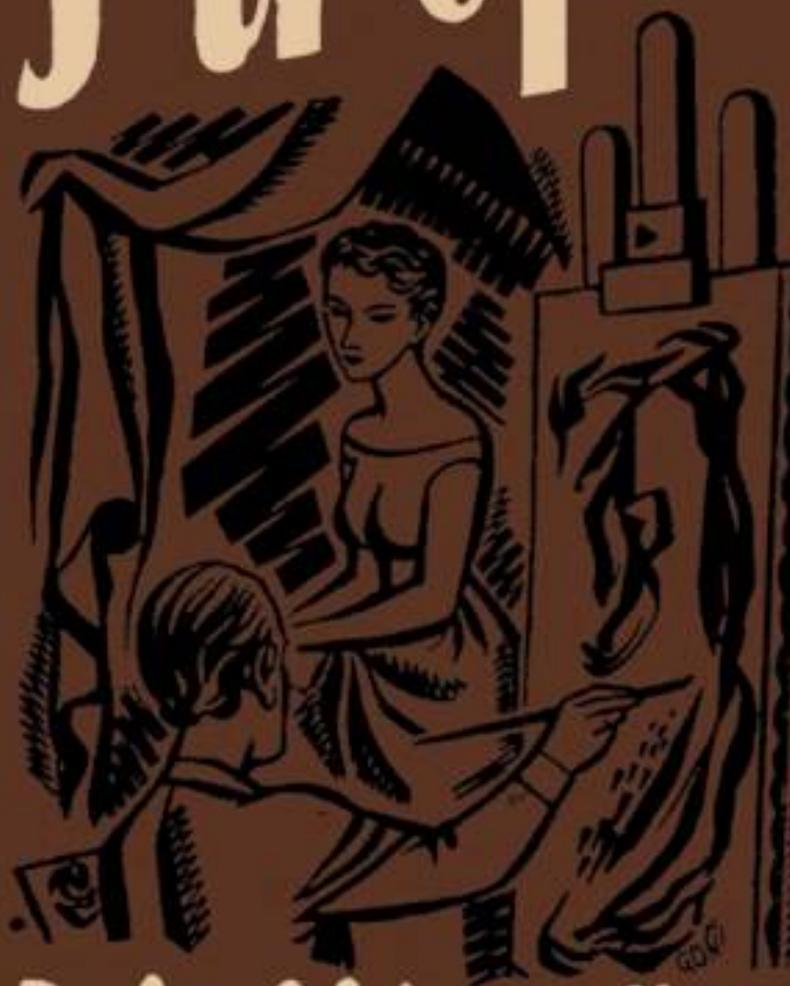


La NOVELA



del SÁBADO

Pirropo



Rafael López de Haro

N.º 15

Alberto Lezama, pintor, salva a Silvia de morir atropellada por un camión.

Poco después, Alberto propone a los padres de Silvia hacerle un retrato que titulará «El piropo» y que será su obra cumbre.

Donde hay hombres...



hay

ASPIRINA

EL REMEDIO DE FAMA MUNDIAL

Contra los dolores de cabeza y de muelas, resfriados, gripe y reumatismo.



**COMPLETAMENTE INDEFENSIVO
NO ATACA AL CORAZÓN**

EXCURSION A LOS FIORDS NORUEGOS

EN FERROCARRIL
AUTOCAR Y BARCO
(Vía Hendaya-París)

Salidas de Madrid, los
lunes (desde el 22 de ju-
nio al 10 de agosto)

VISITANDO:

PARIS
BRUSELAS
BAD BOEKELO
HAMBURGO
HELSINGBORG
OSLO
VERMOK
NORHEIMSUND
BERGEN
LAERDAL
FOSHEIM
OSLO
HELSINGBORG
PARIS Y
REGRESO A
MADRID
VIA IRUN.

Para informes e inscrip-
ciones en Madrid: Al-
calá, 23. Calvo Sote-
lo, 14. Palace Hotel o
en cualquiera de nues-
tras agencias en España



VIAJE ORGANIZADO POR:

WAGONS-LITS // COOK

(A. V. G. A. T. S.)

S E M A N A

la revista española más conocida en el extranjero.

S E M A N A

que aumenta sus páginas y no su precio.

S E M A N A

que no deja de informar a sus lectores de todo cuanto pasa en España y fuera de ella.

S E M A N A

la revista que se mantiene siete días en manos de sus lectores.

Redacción y Administración:
PASEO ONESIMO REDONDO, 26.

Teléfonos: 22 28 90 - 22 28 97 - 22 28 98.

Se admiten suscripciones y encargos:
Teléfono 22 42 90.

TEATRO

REVISTA INTERNACIONAL DE LA ESCENA

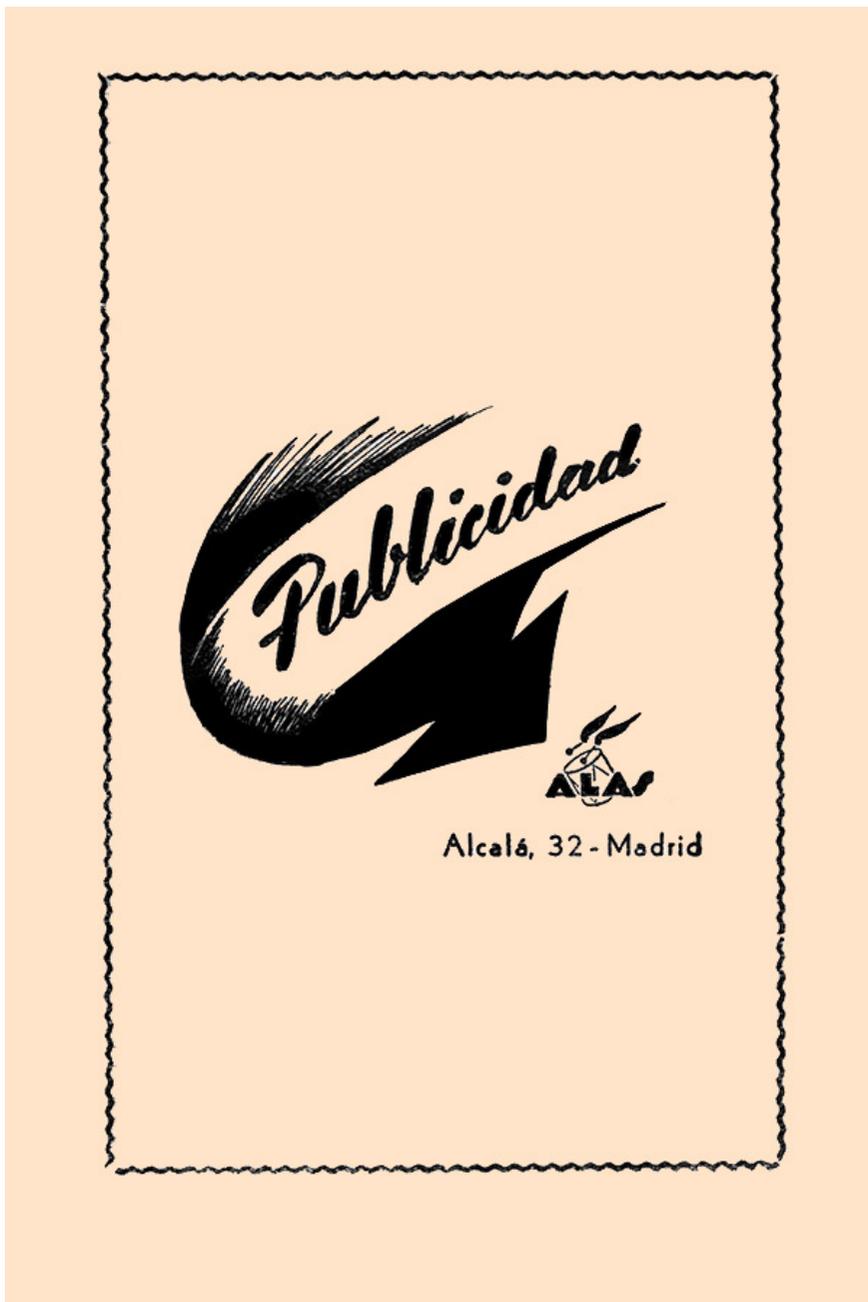
LA PRIMERA
REVISTA TEATRAL
DEL MUNDO

Cada mes, un volumen de 80 páginas con el texto íntegro de una comedia, crónicas de todo el mundo, colaboraciones exclusivas, reproducciones a todo color, etc.

Precio del ejemplar: 30 pesetas.

Pedidos y suscripciones:

EDICIONES ALFIL — Peligros, 4. Madrid.



UN CONCURSO DE NOVELAS CORTAS

«LA NOVELA DEL SABADO»

abre un Concurso entre los escritores españoles e hispano-americanos de lengua castellana, patrocinado por el Instituto de Cultura Hispánica, para premiar una novela corta con arreglo a las siguientes

BASES

PRIMERA.—La novela será absoluta y rigurosamente inédita y de una extensión que oscilará entre las ochenta y cinco y las noventa y dos cuartillas corrientes, mecanografiadas y a doble espacio, cuya equivalencia en folios o en holandesas es de un máximo de 1.700 líneas del ancho normal en el papel de esas dimensiones. Será rechazada toda novela cuyas dimensiones no se acomoden a los límites señalados.

SEGUNDA.—De la novela se remitirán a «La NOVELA DEL SABADO»—calle de Valverde, 30, Madrid—tres ejemplares sin firma, acompañados de una plica con el nombre del autor y su domicilio.

TERCERA.—Se concederá un Premio de Honor dotado con VEINTE MIL PESETAS al que resulte autor de la novela elegida.

CUARTA.—El original premiado quedará de la propiedad de «LA NOVELA DEL SABADO», durante el espacio de un año siguiente al de la fecha de su publicación.

QUINTA.—«LA NOVELA DEL SABADO» ofrecerá a sus autores la adquisición de aquellos originales que considere merecedores de ser publicados.

SEXTA.—Sobre el concurso no se admitirá correspondencia alguna y será devuelto a su autor todo original recomendado.

SEPTIMA.—El plazo de admisión de originales se cerrará el día 15 de septiembre, a las dos de la tarde.

OCTAVA.—Un Jurado designado al efecto, cuya composición se hará pública en su momento oportuno, emitirá su fallo a la brevedad posible.

PROXIMO NUMERO

Garuda, o la cigüeña blanca.—Juan Valera.

NUMEROS PUBLICADOS

1. **Luisa, el profesor y yo.**—José María Pemán.
 2. **Trayecto uno.**—Elena Quiroga. (Premio Nadal.)
 3. **La canción del recuerdo.**—César González-Ruano.
 4. **Los 38 asesinatos y medio del Castillo de Hull.**—
Enrique Jardiel Poncela. (Número homenaje.)
 5. **Los amores de Antonio y Cristina.**—Pío Baroja.
 6. **Café de Artistas.**—Camilo José Cela.
 7. **Un noviazgo.**—Carmen Laforet. (Premio Nadal.)
 8. **La gota de sangre.**—Emilia Pardo Bazán.
 9. **La casa sin hombre.**—Felipe Sassone.
 10. **El loco.**—Miguel Delibes. (Premio Nadal.)
 11. **La pequeña vida.**—Ana María Matute.
 12. **Nómada.**—Gabriel Miró.
 13. **Ha pasado una sombra.**—Luis Romero.
 14. **Cuando yo me llamaba Harry.**—Tono.
-

Tarifa de suscripción a "La novela del Sábado":

A 12 números	68 pesetas.
A 25 "	138 "
A 52 "	282 "

Puede remitirse su importe a LA NOVELA DEL SABADO, Editorial Tecnos., Valverde, 30. Madrid. Teléfono 22 20 37, y a cualquier sucursal del Banco Español de Crédito con destino a la cuenta de LA NOVELA DEL SABADO, en la Central de Madrid.

EL SUSTO

Hay personas a quienes la súbita impresión de un suceso trágico o de un peligro inminente les hace gritar; en otras, por el contrario, el sobresalto es silencioso. Cuestión de temperamento y también de lo que se llama ecuación personal: unos responden instantáneamente; otros permanecen áfonos e impasibles, aunque en ellos sea más profunda y violenta la conmoción. Por regla general, en caso de urgencia, se puede contar más con los que callan que con los que chillan. Es cosa averiguada.

Alberto Lezama pertenecía a la clase de hombres que no gritan, y estaba seguro de no haberlo hecho en aquella ocasión. Todo sucedió rápidamente, en cosa de segundos: el formidable camión que llega con temeraria velocidad, la muchacha distraída que va a ponérsele delante, el frenazo tardío, la caída... Alberto Lezama estaba seguro de no haber gritado. Vió que la infeliz cruzaba la calle sin precaución, que el camión venía, que el atropello era inevitable; imaginó la tragedia: una mujer triturada bajo las ruedas enormes, la fatalidad.

No sucedió así, por fortuna. La muchacha, a un paso ya del armatoste tremebundo, dió hacia atrás un brinco inesperado e inverosímil como el de una marioneta cuando tira del hilo quien la sostiene. Así, un momento suspendida en el aire en maravillosa levitación, evitó el choque y, tambaleándose, vino a caer sin sentido en los brazos de Alberto.

—Del camión —le dijo alguien— se ha librado; pero si usted no la ampara, se rompe la crisma contra el bordillo.

Ella había quedado pálida y rígida, con los ojos abiertos como una figura de cera. Alberto pensó que le había estallado el corazón.

En la Casa de Socorro le tranquilizaron. Se trataba de un «shock» que unas inyecciones remediarían. No había lesión. En efecto: no tardó la infeliz en cerrar los ojos velando aquella expresión hierática, tan alarmante; cedió la rigidez y vino un sopor plácido como el sueño de un niño.

Entonces decidieron registrar el bolso de la accidentada y ver por sus documentos cómo se llamaba y dónde vivía. Un carnet lo decía todo: se llamaba Silvia Álvarez, era licenciada en Letras y vivía lejos en una casa de muchos pisos, en uno de esos bloques que albergan cientos de inquilinos construido al final de la calle de Serrano ensanchando el alfoz de Madrid. La búsqueda en la guía fué infructuosa: no tenía teléfono.

—Lo tendrá algún vecino.

—Creo —opuso el médico— que no hay razón para darle un susto a la familia de esta joven. Dentro de media hora puede estar en su casa completamente repuesta. A mi parecer, según el reconocimiento obligado, es fuerte y disfruta de una excelente salud, obedece muy bien a la medicación y cualquier peligro que fuera de temer, no existe. Guapa chica —concluyó.

Acertó el médico. Media hora después, en un taxi que Alberto hizo buscar, Silvia iba hacia su casa recuperadas la lucidez y la serenidad.

—Ya puedo darle las gracias, señor. Me ha salvado la vida.

—Usted se la ha salvado con una presteza y una agilidad increíbles. ¿Hace mucho deporte?

—Apenas. Un poco de tenis. No tengo tiempo ni gran afición.

—Pues fué el suyo un salto de gimnasta.

Silvia le miró a Alberto, fijamente, a fondo.

—Yo iba ensimismada. No vi ni oí el camión, no me hubiese apartado si una fuerza, de pronto, no me detiene y me atrae: la fuerza de usted que me sujetó y tiró de mí.

—Es sabido en estos casos, señorita, que no se recuerda o se recuerda mal. La memoria se pierde en el momento crítico y lo que sucede después hasta que vuelve la normalidad del cerebro, no deja huella. Casi todos los que han sufrido un accidente lo cuentan así.

—Yo —replicó Silvia con firmeza— recuerdo perfectamente que usted me detuvo, me atenazó y me atrajo haciéndome caer hacia atrás. Lo que sigue desde ese instante a mi despertar en la Casa de Socorro sí que se me ha borrado en absoluto.

—No tiene importancia. El susto la hizo perder el sentido. Eso fué todo. Si quiere que le diga la verdad, yo tampoco recuerdo. En un instante como aquél, en fragmentos de segundo, nadie se da cuenta de lo que hace. Me encontré con usted en mis brazos, desmayada, sin saber cómo.

—Quitarle mérito a la acción es por su parte generoso; pero yo estoy segura de que me libró de morir aplastada y lo diré siempre.

—Me parece, señorita, que no vale la pena de insistir en ello. El caso es que usted vive y empieza a ponerse muy contenta.

—Muy contenta, sí señor. Me están entrando ahora unas ganas locas de reír. ¡Menudo tango he bailado yo esta mañana con música de motor! Cuando una persona se cae y no se hace daño, nadie puede contener la risa. Tuve los pies en el aire un momento. ¿No? ¡Como un pelele!

—Ríase ahora y no piense en ello más. Que la Providencia para conservar su preciosa vida se haya valido de este o del otro medio, da lo mismo.

Llegaron. Piso moderno, claro y flamante: recibimiento o «hall» con varias puertas; una sala sencilla, un despacho murado de libros, del suelo al techo los plúteos repletos;

una terraza de esquina con macetas. Los pavimentos de madera espejeaban y los cristales tan limpios, que se veía a través de ellos como si no los hubiera. Desentonaban en aquel decorado de cine la vetustez de algunos muebles y la ranciedad de varios cuadros que Lezama, de paso, juzgó buenos. Dos épocas dándose puñetazos en una célula de rascacielos.

Los padres de Silvia, nacidos antes que el siglo, anacrónicos al iniciarse su segunda mitad, veían esta vida nueva sin adaptarse, remisos, pero no intransigentes. En la madre todo se resignaba a caducar menos la belleza: su aspecto era el de una actriz joven caracterizada de señora mayor. Conservaba la tez sin arrugas y la viveza del mirar enmarcados por una cabellera toda de un gris brillante. Silvia se parecía mucho a ella. Sin embargo, los ojos de ambas eran muy diferentes: doña Jacinta los tenía como dos gotas de miel. Su marido, en cambio, no le disputaba el terreno a la vejez, llegada de un galope con el Decreto de su jubilación como catedrático de Literatura. Aquel día se derrumbó don Fermín Álvarez, y la diferencia de edad entre los esposos se hizo ostensible. Dejaron el piso grande, destartalado y lóbrego que habitaban en la calle del Pez, cerca de la Universidad, y vinieron a estrenar este que tenía mucho menos espacio, pero mucha más luz y, sobre todo, ascensor, calefacción y el cuarto de baño, por el que tanto había suspirado Silvia desde que tuvo uso de razón.

Don Fermín, de mediana estatura, enjuto, obstinado en peinarse con raya en medio los pocos pelos lacios que le quedaban, como en usar lentes de pinza con su arco de metal en el entrecejo, no le hacía concesión alguna a la moda: usaba camisas de pechera, puños y cuello duros y corbatas de lazo hecho, de las que se sujetan con una cinta elástica por detrás. No se juzgue, por eso, que don Fermín era un espíritu anticuado. Estaba al día en el movimiento filosófico, literario y artístico; leía todo lo nuevo y observaba atento la evolución de las costumbres sin entrar en ellas; no

le daba la gana. Cuando se trató del traslado a una vivienda higiénica y soleada, lo hizo a regañadientes, porque reconoció que su hija, una mujer ya, tenía razón.

Una vez jubilado don Fermín se dedicaba a escribir un concienzudo estudio sobre los rapsodas, al que aportaba la extensa erudición atesorada durante muchos años de labor oscura y perseverante. Ella dió ocasión al matrimonio de don Fermín con Jacinta, linda muchacha, hija de un librero de lance en la calle de San Bernardo. El entonces joven catedrático, asiduo cliente de la tienda, se prendó de la chiquilla pálida y pizpireta que ayudaba a su padre en aquel comercio tan intelectual. Don Fermín se casó cinco años después con el lindo y ardoroso catálogo viviente.

Silvia nació y se educó en aquel barrio de la vieja Universidad, entre estudiantes y libros. Estudiar el bachillerato y la carrera fueron para ella cosas tan naturales como si en la vida no hubiera otras que hacer. Fué una muchacha delgaducha, de mal color, sin más atractivo que sus ojazos. A los dieciocho años, en lo que tarda en ser espiga un grano de trigo, se hizo la mujer que estuvo a punto de ser atropellada por el camión.

Todo esto, y además que Silvia se dedicaba a dar lecciones particulares sin necesitarlo, para gastar lo que ganaba en vestirse muy bien, lo supo Alberto a la media hora de entrar en aquella casa.

—Este señor, que no sé cómo se llama —había dicho Silvia—, me ha salvado de morir hecha picadillo por las ruedas de un camión.

—¡Jesús! —exclamó doña Jacinta—. Eso tenía que sucederte por pasarte la vida callejeando para dar tus dichosas lecciones.

—Su hija exagera —intervino Alberto—. Lo que ha sucedido es que se asustó, pasado el peligro como ocurre siempre, y yo la he ayudado a serenarse.

—Pero ¿cómo ha sido? —preguntó ansioso don Fermín.

—Pues que yo iba a casa de los de Martínez a darle clase a su chico, pensando en que le van a suspender porque es muy holgazán, y cuando fuí a cruzar la calle de Hermosilla no reparé en que venía a toda marcha un camión de esos de ruedas gemelas cargado de ladrillos. El chofer asegura que hizo sonar el claxon.

—Y es verdad.

—Será verdad, señor. Yo no lo oí. El caso es que ya estaba casi debajo del armatoste cuando usted me cogió de los hombros por detrás, me levantó en vilo y me apartó como a una muñeca.

—Ya es tiempo de saber a quién le debemos tanto.

—Alberto Lezama.

—¿El pintor?

—El pintor.

—¡Oh, oh! —Se puso en pie don Fermín—. Además del favor el honor y no supiera yo decir cuál es más grande. Le sigo a usted desde que ganó su primera recompensa hará cosa de veinte años.

—Veinticinco.

—Sí, eso será. Desde entonces soy un admirador de su obra. Por mi fe le digo que no hay en mis palabras adulación. Hija mía, le debes la vida a un artista eminente, a una gloria nacional. ¿No le dices nada tú?

—¿Qué le voy a decir? Estoy abrumada.

—Ya me he dado cuenta —le dió Alberto otro giro a la conversación— de que es usted aficionado a la pintura. Tiene usted cuadros de valor.

—Heredados por mi mujer. Su padre no tocaba ese ramo, pero si cuando iba a comprar una biblioteca se le presentaba la ocasión, no la dejaba perder. Era entendido. En cuanto a mí, pobre profesor, no he ganado dinero para estos lujos.

Se estableció la confianza. Alberto supo de aquel hogar lo que susodicho queda; habló un poco de arte y no quiso